

—No, pobre jóven, no os marchareis en ese estado; no se dirá que os hemos dejado salir de esta casa sin haberos hecho probar el pan y calentaros á nuestro fuego. Nos castigaria Dios, permitiendo que se deshiciera nuestra sal y se adelgazaran nuestras vacas. Venid allá arriba y comereis con nosotros.

Mientras hablaba de esta suerte, me miraba atentamente á la cara, la cual no podia yo bajar ni separar de la luz todo lo necesario para impedir que me viese. Así que, dió un grito de repente, diciendo:

—¿Qué es lo que veo?... señorita Genoveva, ¿vos aquí... en ese estado... pidiendo limosna?

Conocí que todo estaba perdido, sin quedarme otra esperanza que su misma compasion para que me dejara marchar; por lo que la contesté bajando la voz:

—Sí, Catalina, yo soy; la costurera de Voiron que os cosió ese vestido con sus manos, y que os puso hermosa para vuestra boda, cuando tambien ella era honrada de todos y rica en su estado. Pero ahora la miseria ha caído sobre mí.

Y cogiendo el bajo de su vestido con mis manos, añadió:

—Por ese vestido de novia que os hice en otro tiempo, en nombre del hijo que llevais en vuestras entrañas, dejadme salir sin beber ni comer; ¡no hagais que me vea Cipriano, vuestro marido, en un estado tal de vergüenza y de miseria!

## CXII.

La buena mujer pasó su mano por los ojos, como si mis palabras la hubiesen penetrado en el corazón; pareciendo ser muy compasiva. Mas, de pronto un gran rumor de gentes que bajaban por la escalera de madera se hizo oír, acompañado de la voz de la muchacha que seguía gritando. Cipriano, su anciana madre, el padre y la muchacha, todos á la vez entraron en el establo. En aquel momento me pareció haber sido herida por un rayo; así es que, permanecí de rodillas, con la cabeza inclinada, y teniendo

aun entre las manos el borde del vestido de la mujer de Cipriano. Por desgracia, tambien, un gran rayo de sol estaba dando de lleno sobre mi cabeza; de suerte que parecia que Dios habia querido avergonzarme hasta delante de la luz del cielo.

## CXIII.

—Es Genoveva, la tendera y costurera de Voiron, —dijo la jóven á los que iban entrando. —¿Hubierais imaginado nunca ver como la veis á una señorita tan rica y tan estimada? —añadió señalando mi vestido hecho girones, mis hombros descubiertos, mis cabellos llenos de yerba seca, y mis piés desnudos. —¡Mirad lo que somos!

Cuando se oyó decir Genoveva, todos los semblantes tomaron una espresion severa y adusta, nadie pronunció una sola palabra ni hizo movimiento alguno, á no ser Cipriano que volvió repentinamente como si le hubiesen tirado del vestido, y se puso cara á la pared, con las dos manos sobre las mejillas, para no manifestar el dolor que sentia viéndome en aquel estado.

—Sí, esto es lo que somos, —dijo la anciana contestando mucho tiempo despues á la exclamacion de su nuera; —eso somos cuando Dios nos abandona, y cuando despues de haber estado engañando por mucho tiempo al prójimo, se descubre por fin que somos unos hipócritas, y se nos arroja con desprecio como una flor que huele mal, al basurero.

No respondí nada.

—¡Mejor diriais —esclamó el viejo— que una muchacha que era bastante honrada para no querer robar veinte y cuatro cuartos á un pobre, no tuvo escrúpulo en dar de balde su honor á militares, y el nombre y la vida de su hijo! Pues ya lo sabemos todo. La fama tiene pasos de mula para subir á las montañas.

—Y tambien diriais, —replicó la vieja interrumpiéndole, —que ha faltado muy poco para que semejante criatura no haya sido la mujer de nuestro Cipriano, y que la hemos tenido á nuestro lado

allá arriba, vestida de sedas y encajes, en la mesa de los desposorios.

— ¡Ah! padres míos, — exclamó Cipriano, dejando caer sus brazos y volviéndose hácia nosotros con los ojos encendidos y húmedos, — no la hagais cargos; es verdad que me ha sido infiel, — continuó sollozando, — pero soy tan dichoso con Catalina, y es tan desgraciada Genoveva, que no se la debe injuriar.

— ¡Oh! sí, señor Cipriano, — dije volviéndome, bien que siempre de rodillas hácia donde oía su voz, pero sin atreverme á levantar los ojos; — ¡oh! sí, he sido muy infiel con vos; deberíais aborrecerme, pero veo que seguís siendo bueno, y una vez que sois muy feliz con esa otra mujer que es mucho mas buena y hermosa que yo, perdonadme lo pasado y permitidme que vaya á buscar la vida á otra parte. Ignoraba que estuviese en vuestra casa. ¡Antes habria querido entrar por la puerta del purgatorio que por aquella! Pero la noche y Dios me han hecho ir á parar á la única alquería á donde yo no quisiera nunca!

## CXIV.

Durante esta conversacion con Cipriano, aunque con la vista en el suelo y llorando amargamente, oí las pisadas de otros zapatos que bajaban precipitadamente por la escalera del granero, en donde se hallaba el cuarto que me habia dicho Cipriano en otro tiempo seria para mí; viendo en seguida dibujarse la sombra de una cuarta mujer en el sitio alumbrado por el sol en que yo estaba de rodillas, y aumentar el grupo de las tres mujeres que tenian fija su mirada en mí desde el lado de la puerta.

— ¡Oh! no, no nos da pena, — dijo otra vez el viejo, — que no hayais querido ser nuestra nuera; muy de otro modo, damos gracias á Dios todos los dias por ello. ¡Qué fama hubierais proporcionado á un pais de buenas gentes como es el nuestro!

— ¡Oh, no, ni Cipriano ni nosotros lo sentimos! — repitió la vieja. — ¡Dios nos ha hecho mil favores, permitiendo que os per-

dais, como lo ha permitido, antes de que nuestro nombre se hubiese unido al vuestro, como el agua de la roca con el agua del arroyo! Andad, señorita Genoveva, andad mala hija y mala madre, á comer el pedazo de pan que se os arrojará, y aprended bien el camino para no volver nunca á esta casa. Cierta clase de personas no deben ir nunca á donde las conozcan.

— ¡Genoveva! — pronunció una voz que resonó en mi oído como si fuera la campana de mi bautismo ó de mi primera comunión. — ¡Genoveva! ¡Cómo! ¿esa jóven desnuda y mendiga, á quien estais insultando hace una hora, y que solloza á vuestros piés, es Genoveva?... ¡Ah, vosotros si que deberíais estar á sus plantas!

Dicho esto, echó á correr precipitadamente por entre el grupo de las tres mujeres, del viejo y de Cipriano, para tomarme en sus brazos.

— ¡Ya lo veis! ¡yo no me desdeño de abrazarla! — añadió.

Levanté la cabeza, abrí los ojos cuando oí aquella voz y observé aquel movimiento, y á través de mis lágrimas, que casi me cegaban, reconocí... ¡sin duda lo habreis adivinado! A la tia Belan, la comadre de Voiron, á la que habia hecho salir de la cárcel, entrando yo en su puesto.

## CXV.

La comadre Belan me hizo levantar, y me dió veinte besos, lo menos, á presencia de toda aquella gente asombrada, como si fuera alguna pariente suya. ¡La hice señas para que callase y me dejara pasar por lo que era!

— ¡Pues bien! ¡ya es demasiado! — gritó dando con el pié sobre el entarimado de las vacas, y poniéndose en jarras para mirar al padre y á la madre, que hacian con los labios gestos de disgusto.

— ¡No, no puedo consentir en ello mas! quiero mejor faltar á mi palabra para salvar á una buena machacha, que cumplirla per-

mitiendo que se condene y envilezca á una inocente.

La tapé la boca con mi mano, y la hice un gesto suplicante con los ojos. Apartó la mano de sus labios, y volviéndose hácia el padre, la madre, la criada, Cipriano y su mujer:

— Lo diré todo, una vez en mi vida, — dijo con exaltacion.

¡Y bien! ¿sabeis vosotros á quién injuriais, á quién despreciáis, á quién tratáis del mismo modo que á una barrendera pública?

Nadie contestó.

— ¡No!... pues yo os lo diré, y esto os enseñará á no hablar, sino cuando sepais lo que vais á decir.

— Vamos á ver, ¿á quién? — preguntó el anciano, mas atrevido que los otros.

— ¡A la jóven mas honrada de todo Voiron, y á la víctima voluntaria que se ofrece á sufrir por el mal que otro ha hecho!

Y al decir esto, daba tales golpes con el pié, miraba á todos con un aire tan seguro, levantaba tanto la voz y se recalcaba de tal suerte en las palabras, como si intentase desafiar al mismo Dios á que la desmintiese, que todo el establo se conmovió, el padre, la madre, Cipriano, su mujer y la criada, mudaron de semblante, y acercaron sus rostros al de la tia Belan, para oirla mejor.

Entonces, á pesar de todo cuanto hice para evitarlo, lo contó todo, ¡todo, señor! Mi cariño extraordinario hácia Pepita, mi promesa de hacer con ella las veces de madre, el disgusto que me causó haber tenido que renunciar á Cipriano por no dejarla, el matrimonio secreto de aquella imprudente niña con el sargento, su hijo, su muerte, la acusacion contra la comadre, mi resolucion de cargar con la falta de mi hermana para salvar su memoria, y su cruz de virgen, mi generosidad (así la llamó, señor) de ir á sacarla de la prision, y de quedarme yo en su lugar, permitiendo que me creyeran culpable de lo que no era; en fin, todo.

— Y sin embargo — dijo haciéndome callar á la fuerza cuando iba á detenerla ó contradecirla — ¡ahí la teneis! Todavía quisiera ser envilecida y despreciada delante de vosotros, y prefiere sufrir

la miseria, la vergüenza, el hambre y el frio, á reclamar lo que le pertenece: su reputacion y su virtud.

— Lo que he dicho, lo sostengo — añadió al concluir; en seguida me besó otra vez llorando, y me dijo:

— Señorita Genoveva, perdonadme; estoy segura de que vuestra pobre hermana me perdonará tambien en el paraiso. ¡Si esta gente no os hace justicia, venid á mi casa, os trataré como á una hija, y me gloriaré delante de todo Voiron de partir mi cama y mi pan, con la mas honrada y la mas pura de las jóvenes del pais!

## CXVI.

Todos guardaban el mayor silencio, contentándose con llorar únicamente. Cipriano se puso de rodillas con su mujer á mi lado.

— Perdonad — me dijo, — que no hayamos acertado á comprenderos. Pero reparad que ha sido vuestra la culpa. Siempre dije yo, que en todo esto debia haber algun misterio, y que al despediros de mí en el puente, no teniais intencion de burlaros de mi amistad y de hacerme traicion. Mas ¿qué quereis? Toda la falta de mis padres está en haber sido engañados; hay que perdonársela. Las nieblas del valle son nubes en la montaña. No hemos visto claro hasta hoy. Pero escuchad, mi mujer os amará mucho, y mis padres se conducirán con vos, como con una hija perdida cuando se la vuelve á encontrar; yo desempeñaré para con vos el puesto que nuestro hermano el soldado desempeñaría si hubiese vuelto al pais. Tengo ya dos hijos, y acaso esta noche nacerá el tercero, por lo cual se encuentra aquí la comadre; ¡ha parecido cosa de milagro! ¡Dios es Dios; lo que las gentes llaman encuentros casuales, nosotros lo atribuimos á la Providencia! Mi madre es anciana, mi padre está cansado, Catalina tiene hartos con cuidar de sus tres hijos, sin pensar en los que podrán venir; por lo tanto nos hace falta una criada para la casa.

— Si, — dijo Catalina interrumpiéndole, — lo mismo iba á proponerla yo.

— Sí, — dijo el viejo, — eso me traerá á la memoria el suceso de los veinte y cuatro cuartos; ¡no tendré miedo de que esta nos robe!

— Sí, — dijo la madre, — eso me hará pensar en el festin de los desposorios. ¡Servia tan bien la mesa!

— Sí, sí, sí, — dijo la comadre, haciendo que Catalina y yo nos besásemos; — venid, Genoveva, os prestaré ropa blanca, una gorra, un vestido y zapatos, para evitar que entreis con esos harapos de mendiga en la casa donde entrasteis en otra ocasion con los vestidos de novia. En seguida irémos á comer la sopa.

## CXVII.

De este modo llegué á ser criada, y con gran placer, de la casa en que debiera haber sido ama; pero sin guardar el menor rencor, recordando con gusto que habia amado á Cipriano y amando mas á su mujer por razon de él.

## CXVIII.

En aquel estado permanecí tres años y dos meses. Llegué á tomar cariño á la casa, á mi situacion, á los niños, á las vacas, al establo en que me acostaba, no como la primera noche, sino en una buena cama, y hasta me habia aficionado al ruido de las campanillas de los animales. Durante los meses de verano, mi principal ocupacion era guardar las terneras en los prados de la montaña, y hacer calceta ó rezar al lado de los abetos. Cuando los torbellinos de nieve azotaban las cimas de los árboles y empolvaban los prados, me decia á mí misma:

— ¡Hé ahí lo que debia ser tu sepulcro, y lo que te ha conducido á una buena casa, en donde no te persigue la vergüenza, ni el frio, ni el hambre!

¡Ah, señor, la gracia de Dios no se sabe nunca por dónde pasa! ¡Jamás se cree en ella lo suficiente! Pensando en esto no me inquietaba ya por cosa alguna.

## CXIX.

Y sin embargo, hacia mal! Nunca se debe provocar á Dios, ni por demasiada desconfianza, ni por un exceso de presuncion. Sucede frecuentemente que la felicidad está muy cerca de donde se la cree muy lejos, y la desgracia se halla detras de la puerta.

¡La desgracia!... ¡oh, y qué desgracia!... Ninguno la hubiera esperado tal como aconteció.

Sabeis lo que voy á contaros, señor, pues aun cuando sois jóven, no hace todavía mas que diez años de lo que voy á decir. Habeis oido hablar de la enfermedad que se llama la peste y que mató á tanta gente mientras estuvo, primero en el llano y despues en estas montañas, diciéndose que aquí la tomaron las águilas para pegársela á los pájaros, estos á las gallinas, las gallinas á los insectos, y los insectos á los hombres. Pues llegó hasta nosotros; primero atacó al cura, como si quisiera deshacerse del pastor para destrozár mas á sus anchas el rebaño; despues fué llamando casa por casa á la mayor parte de las puertas. El carpintero y sus dos hijos no tenian manos para hacer ataúdes. Pero bien pronto murió uno de los dos hijos, luego el otro, y por fin el padre; al cual fué preciso enterrar ya sin ataúd, y solamente envuelto en su mortaja.

Tan pronto como se manifestó la enfermedad, abandoné las vacas y solo me cuidé de la asistencia á los pobres enfermos. Como era de la ciudad y estaba mas enterada de las medicinas, Cipriano y su mujer habian consentido en que fuese á ayudar á las dos hermanas de la Caridad, que subieron desde Grenoble para asistir á los moribundos, principalmente en lo que tuviese por objeto cuidar de las enfermas de la aldea. Les ayudaba en sus tareas por amor de Dios; y ellas me enseñaron todos los remedios que para esta enfermedad se usan en los hospitales. Así que, cuando una y otra encontraron la muerte en aquella obra de misericordia, yo sola tuve que reemplazarlas en todo el pais.

Pero ¡ah! la muerte acertó tambien con la puerta de la casa de

Cipriano, sin que bastase á impedirselo el hallarse esta apartada y en la mejor situacion para recibir el aire sano y refrescante que baja de las nieves. Arrancó de mis brazos al padre, despues á la mujer de Cipriano con sus tres niños pequeños, en tres dias, y por último al mismo Cipriano que murió, parte de enfermedad y parte de sentimiento. Yo me quedé á velarle la noche de su muerte y le quité su anillo nupcial para llevarle, al menos despues de su muerte, en memoria de nuestros desposorios. ¡Dios me lo perdone! ¡Ah! creia que no pensaba ya en lo pasado, entonces conocí que le amaba sin saberlo. Los ojos son como aquellas naranjas que yo exprimía para hacer su medicina; una vez exprimidos se cree que ya no les queda dentro mas agua amarga; pero si se les vuelve á exprimir, todavía se les encuentra algo; solo que entonces ya no corre.

La anciana fué la única que se resistió.

— Genoveva — me decia, — la muerte no quiere llevarme por la ofensa que os hice; fui muy inflexible cuando vuestro desposorio. Por eso Dios me castiga ahora. Quiero marcharme á casa de unos parientes.

CXX.

En aquellos dias fué cuando vino á la parroquia el nuevo cura, amigo vuestro, á reemplazar al cura ya difunto, del mismo modo que un soldado va á la brecha para cegar el foso con su cuerpo, ó para mantener izada la bandera un momento mas. Ninguna criada de allá abajo habia querido servirle; verdad es que el único salario que podia darles, era el trabajo de socorrer á los que estaban agonizando, y el tener que dar la leche de su cabra á los huérfanos, á quienes la peste habia dejado sin madres. Pero aquel pobre jóven, á pesar de lo humano y misericordioso que era, no podia hacerlo todo; le faltaban las manos hábiles y cariñosas para aquellas criaturas, de una mujer acostumbrada á tratar con los enfermos y los niños. Por esto le pregunté si queria admitirme á su servicio, puesto que conocia el lugar y sabia hacer un poco de todo.

— En cuanto á salario, señor cura, nada tenemos que hablar. Con tal que me deis de comer y de vestir, y me dejéis las noches libres para hilar lana ó hacer calceta, no necesito mas. No era tan rica cuando subí aquí; bien podré bajar pobre si me despedís alguna vez.

Bajo estas bases formalizamos mi ajuste, y comenzó mi última colocacion.

CXXI.

¡Ah, señor, qué feliz he sido, y cómo Dios me tenia preparada despues de tantos trabajos la compensacion de mis sufrimientos! ¡Un hombre tan bueno, tan caritativo, tan limosnero, que no reservaba para sí una onza de sal, ni una verdura de la huerta; siendo preciso que lo hiciese yo por él! Jamas hablaba en un sentido ambiguo. Triste siempre, pero siempre reservado. La cocina no me daba qué hacer mas que si hubiese sido para una mosca. En cambio nunca faltaba pan en la mesa para cuantos llamaban á la puerta. Una vaca, una cabra, un perro y pájaros, era de lo que tenia que cuidar, en la galería tiestos de flores. Aquí estaba sentada todo el dia con la mayor tranquilidad, y con los piés puestos al sol que entraba por debajo de la puerta. Las mujeres pobres venian á hacerme compañía por el invierno, bajo la caliente bóveda del hogar. Mi única ocupacion era encender las luces para los bautizos, y tomar los dulces que me daban los padrinos y madrinas al salir de la iglesia. Por las mañanas rezaba cuanto queria en el coro, y lo mismo al anocheecer. En una palabra, ¡era feliz, señor, y por lo tanto, aquel estado no podia durar!

CXXII.

— Y ahora, — la digo, — ¿qué vais á hacer, buena Genoveva?

— ¡Ah, señor! estoy tranquila sobre ese punto; — me respondió. — El que me trasladó como por la mano desde mi sepulcro bajo la nieve, al caliente establo de la madre de Cipriano, sabrá condu-

cirme otra vez á donde me convenga. Por ventura, ¿se han acabado ya los establos en la montaña? ¿Y no me conocen aquí todos y aun me aman? Puedo alabarme de ello. Hay muchas buenas gentes que me tendrán en su casa y me alimentarán por mi trabajo de escardar en la primavera, de espigar en verano y de hilar en invierno. Lo único que yo pido es lo necesario para vivir; que no me parece mucho, mayormente si se atiende á que la gente en este país es generosa. No os cuideis de mí. Y por otra parte, si caigo enferma, conozco á las hermanas de Grenoble, que no me dejarían sin una buena cama en el hospital. ¿Qué otra cosa se necesita para morir?

— ¡Oh! — la dije, — confío en que después de pagar las deudas de mi pobre amigo, quedará para vos un pequeño peculio procedente del importe de los muebles, lo cual os rogaré que aceptéis como legado del cura y un recuerdo mío.

— ¡Ah, señor! No os cuideis de mí. Pues qué, ¿no se cuida Dios y seguirá cuidándose hasta que me coloquen debajo de la yerba de Cipriano y de su mujer, á los piés de mi pobre señor, en el cementerio? Para todos hay camas preparadas en el último albergue de Dios. La dificultad está en llegar á él con la conciencia limpia y libre de remordimientos.

— Y por último, mirad, — añadió levantándose con precipitación de su silla, y sacando del armario un libro de misa, rozado y ennegrecido por el humo, el cual abrió por una página, señalada con un pedazo de papel hecho cuatro dobleces; — mirad, voy á decir os otra cosa por la que no he querido salir nunca de mi situación de criada.

## CXXIII.

Una tarde del invierno pasado, llegó aquí un anciano vestido de ermitaño, pidiendo que se le permitiese pasar la noche en la casa parroquial. Y aunque el señor cura habia bajado á Grenoble, esto no obstante, hice buen recibimiento al pobre peregrino. Le dispuse de cenar huevos cocidos, le preparé cama y fuego, y pasa-

mos hablando juntos, como nosotros lo hacemos ahora, hasta cerca de media noche. Ah, señor, no he oído jamás hablar á ningún hombre como aquel, si se exceptúa al señor cura cuando hablaba de Dios en el púlpito! De rato en rato le miraba al soslayo para asegurarme de que no era un ángel disfrazado. En fin llegué á pedirle que me enseñase alguna oracion correspondiente á mi clase y á mi estado.

Cuando se despidió, al dia siguiente, me entregó este pedazo de papel que habia escrito con la pluma del señor cura, y me dijo que le leyera á menudo acordándome de él. Aquí le teneis; leedle.

Lei:

## ORACION DE UNA CRIADA.

« ¡Dios mio! concededme la gracia de que se me haga dulce la servidumbre, y la acepte sin murmurar como estado que nos habeis impuesto á todos al enviarnos á este mundo. Si no nos servimos unos á otros, no servimos á Dios, puesto que la vida humana solo es un servicio recíproco. Los mas felices son los que sirven á su prójimo sin esperanza de retribucion y solo por amor vuestro. Pero nosotras, pobres criadas, tenemos la precision de ganar el sustento que vos no nos asegurasteis al nacer. Acaso por esto mismo seamos mas agradables todavía á vuestros ojos, si logramos comprender nuestro estado; pues no cabe duda que ademas del trabajo, pasamos por la humillacion del salario, viéndonos obligadas muchas veces á aceptar este en pago de servicios que hacemos á los que amamos.

« ¡Pertenece á todas las casas, y las casas pueden cerrar-nos sus puertas; pertenece á todas las familias, y en todas las familias está la facultad de rechazarnos; educamos los niños como si fuesen nuestros propios, y cuando ya están educados no nos reconocen por madres suyas; ahorramos su dinero á nuestros amos, y una vez ahorrado es para otros la utilidad, para nosotras nada! ¡Tomamos cariño al hogar, al árbol, al pozo, al perro del